

Rolando González Patricio

La época de las ligas de los pueblos. José Martí de cara al siglo XXI

Un tema está de moda en el mundo: la globalización. En los ámbitos académicos, políticos, empresariales y de los medios masivos de difusión, unos la estudian, otros la observan, y otros, sencillamente, aparentan hacerlo. El debate sobre la globalización, al menos el que ha quedado en letras impresas, bastaría para armar un muro o muralla de papel que dé la vuelta al planeta. Las más diversas perspectivas convergen en él.

De las múltiples aristas sujetas a discusión, la más sencilla parecería ser la referida a los orígenes de la globalización, entendida como proceso. Sin embargo, detrás de esta esquina del debate se ocultan muy variadas intenciones. Desde puntos más o menos polares dentro del espectro político de los vinculados al análisis, no han faltado quienes presenten la globalización como un fenómeno cuyo nacimiento puede situarse en los inicios de los años noventa.

Para fundamentar esa propuesta se argumenta la coincidencia en el tiempo de tres procesos: la crisis y el derrumbe del socialismo de Europa del Este, el neoliberalismo, y el vertiginoso desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones. Se alcanza a afirmar, incluso desde alguna izquierda, que sin estos tres procesos la globalización no sería posible.

Sin pretender negar lo cualitativamente nuevo del proceso globalizador en las fronteras de los siglos XX y XXI, pertenezco a las filas de quienes buscan la génesis de la globalización en las raíces de un proceso de larga duración, cuyas raíces parten del nacimiento de la economía - mundo europea, a finales del siglo XV y principios del XVI. En esa época, aunque compartiendo algunas de las características de los imperios históricos, surgía, al decir de Immanuel Wallerstein, "un tipo de sistema social que el mundo en realidad no había conocido anteriormente, y que constituye el carácter distintivo del moderno sistema mundial"¹. Sin crearse una unidad política, aparecería una "economía - mundo" que, aún lejos de ser planetaria, era mayor que cualquier unidad política jurídicamente definida.

Este mismo autor nos hace recordar que los imperios políticos son un medio primitivo de dominación económica, y pasa a subrayar un denominador común en lo que a expropiación se refiere a lo largo de la modernidad: "el logro social del mundo moderno consiste en haber inventado la tecnología que hace posible incrementar el flujo de excedente desde los estratos inferiores a los superiores, de la periferia al centro, de la mayoría a la minoría, eliminando el "despilfarro" de una superestructura política excesivamente engorrosa"².

La esencia de esta afirmación ayuda a comprender la exigencia neoliberal de minimizar - fundamentalmente en la periferia capitalista - las funciones del Estado y sus "gastos". Y con independencia de las ventajas políticas, esa perspectiva es tam-

¹ Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*. Siglo XXI editores, México, D.F., 1991, p. 21.

² *Ibid.*, p. 22.

bién coherente con la tendencia a convertir los gobiernos nacionales - no pocas veces corruptos - en simples estamentos gerenciales, en un mundo cada vez más transnacionalizado y bajo la amenaza que implica la búsqueda desmedida de la maximización de las ganancias.

El enfoque de Wallerstein - director del Centro Fernand Braudel para el estudio de economías, sistemas históricos y civilizaciones, en la Universidad del Estado de Nueva York, en Binghamton, retoma viejas verdades:

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países [...] Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento y la autarquía de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual³.

Esta dinámica, ciertamente complejizada progresivamente, y catalizada por la revolución científico técnica de las últimas décadas del siglo XX, se hizo evidente en 1848, y no después de la disolución de la URSS o de la Guerra del Golfo.

Una segunda razón para tener reservas ante el enfoque de la globalización como un fenómeno de muy reciente aparición, la aportan tanto la experiencia y el método marxista como el martiano.

Para José Martí se hace indispensable el examen claro y minucioso que permita evaluar - en política - la historia, los elementos y las tendencias asociadas a una acción o iniciativa. Así lo hizo en 1889, al "ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite"⁴ a la Primera Conferencia Panamericana. El Maestro jamás habría sido uno de esos bachilleres devenidos estadistas que han mordido el anzuelo del "borrón y cuenta nueva", seguido siempre de otra "zanahoria" alzada desde la posición hegemónica.

Tampoco Marx o Engels se dejaban confundir por las apariencias. Hoy la globalización es presentada por los grandes intereses transnacionales como la gran oportunidad para todos los que entreguen las riendas al mercado. En su pacto con el diablo, los nuevos brujos de la tribu planetaria invitan a la desmemoria, y hacen pronósticos perversos disfrazando lobos con vestiduras de abuelitas. Pero Marx y Engels nos obligan a recordar: "La burguesía, como es natural, se representa el mundo en que ella domina como el mejor de los mundos".⁵

³ C. Marx y F. Engels: "Manifiesto del Partido Comunista" (1848). En *Obras escogidas*. Editorial Progreso. Moscú, 1976, t. I, p.114.

⁴ José Martí: *Obras completas*. Editora Nacional, La Habana, 1963-1973, t. 6, p. 46. Sucesivas referencias a esta edición se indicarán con las siglas *O.C.*

⁵ C. Marx y F. Engels: *ob. cit.*, p. 136.

Lenin, por su parte, se habría preguntado: *Qui prodest?* Es decir, ¿a quién beneficia? La realidad histórica de nuestro presente prueba que los máximos beneficiarios son precisamente unos pocos que tienen en sus manos las riendas de la globalización, extendida esencialmente como un proceso de transnacionalización desnacionalizadora.

A finales del siglo XIX, en el contexto de la concentración de la propiedad, la aparición de los monopolios y el reparto económico y territorial del mundo, José Martí advirtió el tránsito de la humanidad hacia una condición nueva. En 1883, después de aparecer su prólogo al Poema del Niágara, de Juan Antonio Pérez Bonalde, Martí comenzó a colaborar con *La América*, fundada en abril de 1882 por el cubano Enrique Valiente.

La América, que apareció como una revista mensual dirigida a fomentar el comercio de exportación de Estados Unidos hacia América Latina, publicó un conjunto de textos martianos que han sido calificados como un verdadero programa de desarrollo para nuestra América⁶. Finalmente bajo la dirección de Martí, la publicación actuó como una especie de avisador de nuestros países ante los peligros del desbordamiento del vecino del norte.

Precisamente desde las páginas de esta revista, bajo el título de "Conocimientos internacionales", Martí publicó dos párrafos en septiembre de 1883 que indican su percepción acerca de una tendencia unificadora a escala mundial. El anuncio de que la Cámara de Comercio de Nueva York redactaba un conocimiento de embarque general y único, para facilitar el comercio entre los más diversos países, se hizo seguir de su juicio: "Cuanto simplifica, facilita. Unificar es abreviar. Cada nueva comunidad, si quiera sea en detalles a primera vista poco graves, aprieta los lazos de los pueblos. Y en esta época estamos: la época de las ligas de los pueblos"⁷.

La opción martiana por una futura sociedad global unificada se hizo mucho más nítida en el contexto de la Conferencia Monetaria Internacional Americana; una de las primeras negociaciones multilaterales entre una potencia y un conjunto de naciones pertenecientes a lo que hoy denominamos Tercer Mundo. Al concluir dicha conferencia, en la cual tomó parte como delegado de la República Oriental del Uruguay, Martí escribió un artículo extenso para *La Revista Ilustrada de Nueva York*, en su entrega de mayo de 1891, en el cual subraya: "La unión, con el mundo, y no con una parte de él" [...] Por el universo todo debiera ser una la moneda. Será una. Todo lo primitivo, como la diferencia de monedas, desaparecerá" [...] Ha de realizarse cuanto acerque a los pueblos"⁸.

Pero esta voluntad unificadora está regida por principios y condicionamientos que, distantes del *laissez faire*, permiten reunir un cuerpo de ideas acerca de cómo concebía el Maestro esa futura unidad del mundo y qué caminos tomar para arribar a ella.

Nunca antes, como ahora, el mundo ha prestado tanto interés a la obra y el pensamiento de José Martí. Apenas comienza a ser advertido, y desde Tokio hasta Syd-

⁶ Rafael Almanza, *En torno al pensamiento económico de José Martí*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, pp. 141 y 170.

⁷ J. Martí, *O.C.*, t. 28, p.195.

⁸ J. Martí, *O.C.*, t. 6, pp. 160 y 161.

ney, desde los Estados Unidos hasta China, ven la luz ediciones y traducciones crecientes. No es una casualidad. Un nuevo condicionamiento histórico está imponiendo la búsqueda de alternativas a un mundo a punto de perder el rumbo y autodestruirse. En esa búsqueda se tropieza inevitablemente con un caminante de levita negra y verbo profundo. Quienes lo desconocían, se deslumbran. Quienes lo han hecho suyo, crecen y avanzan.

Superado el impacto del derrumbe socialista y ahogada la euforia neoliberal, el pensamiento busca causas nuevos que resuelvan problemas viejos. Los más optimistas del hemisferio occidental - excluyamos por ahora aquellos que llevan sobre sí el peso cotidiano de una revolución autóctona de significación universal, vienen hablando de un Nuevo Proyecto Histórico⁹. No voy a preguntarme ahora las razones que tienen para esquivar la palabra socialismo. En síntesis, el Nuevo Proyecto Histórico se distingue, de todos los proyectos de capitalismo en la actualidad, por apuntar hacia una economía sin mercado, una sociedad sin Estado represivo, y una cultura general para todos. Sus autores lo presentan como una síntesis aún en proceso, de los elementos más avanzados aportados por la humanidad en los últimos cinco mil años de su evolución y, principalmente, durante la época moderna¹⁰.

Al tratar sobre la teoría y la praxis del Nuevo Proyecto Histórico, Heinz Dieterich aborda los problemas de la legitimidad y la viabilidad del Proyecto, así como el alcance de esta "nueva" utopía concreta y los obstáculos estructurales en el camino de la democracia real. Pero es al adentrarse en la programática del Proyecto donde más nítidamente salta a la vista el aporte potencial del legado martiano a la hora de repensar un mundo nuevo.

Al decir de Dieterich, en la elaboración de los contenidos del Nuevo Proyecto Histórico "habrá que reflexionar no sólo sobre los documentos programáticos de la burguesía ascendente, sino también sobre el "Manifiesto Comunista". Visto así, no existieron otros pensamientos paralelos de estatura suficiente. Son negados por omisión. Casi a renglón seguido, afirma que "existen nuevas realidades que en el siglo XIX no habían emergido o no formaban parte de la opinión pública, como son: la cuestión ecológica, los pueblos indígenas y la emancipación de la mujer, entre otras"¹¹. En Cuba sabemos, casi hasta los menos entendidos en el pensamiento de José Martí que, al menos esas tres "nuevas realidades" apuntadas, fueron reiteradamente abordadas por el genio intelectual y revolucionario de José Martí. La copiosa bibliografía al respecto me libera del nuevo intento para demostrarlo.

Es la realidad contemporánea, sus excesos u omisiones - incluido también el pensamiento - y en ningún caso amagos de adoración fundamentalista, lo que determina eso que en Cuba llamamos la actualidad o la vigencia de José Martí. El hombre que echó su suerte "con los pobres de la tierra", de toda la tierra y no de esta o aquella porción, no habría permanecido impasible ante el desorden mundial contemporáneo.

La semejanza del mundo de fines del siglo XIX y los inicios del Tercer Milenio suele ser mayor de la que comúnmente están dispuestos a aceptar quienes, movidos

⁹ Cf. Heinz Dieterich, et al., *Fin del Capitalismo Global. El Nuevo Proyecto Histórico*, Ciencias Sociales. La Habana, 1999.

¹⁰ *Ibid*, p. 140.

¹¹ *Ibid*, p. 143.

por el egoísmo, sea en Washington, Jerusalén o Tegucigalpa, dan por bueno, como el aldeano vanidoso, el orden universal. La satisfacción de las necesidades de la humanidad, en los órdenes económicos, político, social y cultural, continúa a la zaga de las esperanzas de hace cien años. Hoy la libertad de movimiento de los capitales, su tránsito masivo y repentino, y el predominio del criterio especulativo sobre el productivo, cancelan cada día las aspiraciones de millones de seres de todas las regiones del planeta. El propio George Soros, uno de los forjadores del capitalismo especulativo, ha denunciado la relación desigual entre centro y periferia, y ha pronosticado que "si la economía y las finanzas son abandonadas a las fuerzas del mercado, conducirán el mundo al caos y a la caída del sistema capitalista mundial"¹².

En el campo económico el impacto del neoliberalismo ha vuelto a plantear la urgencia de un nuevo orden económico y social internacional capaz de asegurar, al menos, el derecho humano a la vida. En el terreno político el poder se concentra, en el contexto de un mundo básicamente unipolar, en el Grupo de los 7, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y la Organización del Tratado del Atlántico Norte. La democratización del actual sistema de relaciones internacionales que encarna la ONU es una necesidad apremiante.

Martí no malgastó su intelecto elaborando un recetario, pero, al saber ser un hombre de su tiempo, alcanza también el nuestro. Al imaginar y, más que imaginar, proponer un nuevo horizonte y entregarse a su conquista, Martí pasa a las filas del combate contemporáneo por un mundo mejor.

¿Cuáles son entonces los pilares de la noción martiana de futuro orden universal?

Sin hacer ahora el recuento de la maduración del pensamiento antimperialista martiano, es útil recordar cómo su vigilancia de la independencia económica y política de los pueblos de Nuestra América, lo llevó a denunciar en 1885 lo que consideró el conjunto de medidas que implicaban el más grave cambio de las últimas décadas en los Estados Unidos: "De nada menos se trata que ir preparando por un sistema de tratados comerciales o convenios de otro género, la ocupación pacífica y decisiva de la América Central e islas adyacentes por los Estados Unidos"¹³. Este neocolonialismo primigenio, dirigido a drenar riquezas hacia la potencia del Norte, es el abuelo del actual proyecto de Acuerdo de Libre Comercio para las Américas (ALCA).

Cuatro años más tarde, en 1889, con la convocatoria a la Primera Conferencia Panamericana, Norteamérica lanzó "el planteamiento desembozado de la era del predominio de los Estados Unidos sobre los pueblos de América" y, al decir de Martí, miraba ya "como privilegio suyo la libertad, que es aspiración universal y perenne del hombre, y a invocarla para privar a los pueblos de ella"¹⁴.

Ante este "planteamiento desembozado", Martí ripostó con una primera formulación de su estrategia continental revolucionaria, que se iría enriqueciendo hasta el momento mismo de su caída en combate en 1895. Llamó entonces el Maestro a la América española a declarar su "segunda independencia", concepto que acompañó de

¹² George Soros, *La crise du capitalisme mondial*. Plou France, 1998, p. 23.

¹³ J. Martí, *O.C.*, t. 8, p. 87.

¹⁴ J. Martí, *O.C.*, t. 6, p. 53.

otro igualmente medular en su estrategia: el "equilibrio del mundo". Este término, es empleado con sentido universal por Martí - como antes Bolívar o el presidente norteamericano Polk - para designar un equilibrio - una correlación de fuerzas - abarcador de todo el sistema internacional de fines del siglo XIX.

El corazón del concepto martiano del equilibrio del mundo está ligado a la voluntad política de Martí dirigida a evitar un "desequilibrio" capaz de permitir el predominio de los Estados Unidos en América y el mundo. Por eso recomienda, en el camino de la construcción de una economía latinoamericana no - dependiente, la creación de intereses extranjeros "de naciones diversas y desemejantes, y de intereses encontrados, - en nuestros diferentes países, sin dar ocasión de preponderancia definitiva a ninguna aunque es obvio que ha de haber, y en ocasiones ha de convenir que haya, una preponderancia aparente y accidental, de algún poder, que acaso deba ser siempre un poder europeo"¹⁵.

Para nuestra América, la búsqueda del equilibrio, en aquellas condiciones, tropezaba con la contradicción inescapable entre el desarrollo independiente y una nueva dominación económica y política. Es por eso que Martí rescata el principio bolivariano de unidad - de alianza - interlatinoamericana, con exclusión de cualquier otra coalición.¹⁶ Busca la unión más real que formal de nuestra América, para "detener, con la fuerza del espíritu unificado, al adversario común"¹⁷.

Es en el contexto de la Conferencia Monetaria de 1891 cuando Martí ofrece el conjunto mayor de sus ideas maduras en torno a la conformación de un futuro orden económico y político mundial. Tras proponer "por el universo todo debiera ser una la moneda", agrega: "Se ha de poblar la tierra, para que impere, en el comercio como en la política, la paz igual y culta". Y este voto por un mundo de paz, equidad y cultura, va seguido de otra precisión: "Ha de desearse, y de ayudar a realizar, cuanto acerque a los hombres y les haga la vida más moral y llevadera. Ha de realizarse cuanto acerque a los pueblos"¹⁸.

Si importantes son estas ideas publicadas en La Revista Ilustrada de Nueva York, aún más importantes son las que pronunció como delegado de Uruguay ante los participantes en la mencionada conferencia, y especialmente frente a los representantes de los Estados Unidos: "La América ha de promover todo lo que acerque a los pueblos, y de abominar todo lo que los aparte. En esto, como en todos los problemas humanos, el porvenir es de la paz"¹⁹.

Más adelante, su Informe a la Conferencia propuso un camino que hoy significaría una auténtica democratización del sistema de relaciones internacionales vigente, al eliminar las estructuras elitarias de poder mediante el verdadero derecho a ejercer la igualdad soberana de los estados, trátase de "pueblos mayores" o de "pueblos menores", según la denominación empleada por Martí: "Los pueblos todos deben reunirse en amistad y con la mayor frecuencia dable, para ir remplazando, con el sistema del

¹⁵J. Martí, *O.C.*, t. 22, p. 116.

¹⁶ Cf. Julio Le Riveraund, *José Martí: pensamiento y acción*. Centro de Estudios Martianos, Editora Política. La Habana, 1982, p. 103.

¹⁷ J. Martí, *O.C.*, t. 6, p. 62.

¹⁸ J. Martí, *O.C.*, t. 6, p. 161.

¹⁹ J. Martí, *O.C.*, t. 6, p.153.

acercamiento universal, por sobre la lengua de los istmos y la barrera de los mares, el sistema, muerto para siempre, de dinastías y de grupos".²⁰

Referentes como este resultan irrenunciables en un mundo, en el cual se intenta imponer, mediante el "derecho transnacional", un sistema de libertades absolutas para los poderosos. Así las cosas, al tiempo que sucesivas administraciones estadounidenses edulcoran su discurso interamericano, e intentan catalizar la extensión del ALCA, sus tanques pensantes, en documentos como el Santa Fe IV, evidencian los verdaderos móviles al recomendar una política que garantice "que los países de este hemisferio no se opongan a nuestros intereses de seguridad nacional, además de que los recursos naturales de este continente estarán disponibles para satisfacer nuestras prioridades nacionales"²¹. Sobran los comentarios.

La existencia progresivamente mundializada del planeta multiplica la urgencia de abordajes esclarecedores acerca de los flujos interculturales. Lejos de panaceas y de las descripciones apocalípticas, se requiere de estudios teóricos capaces de engendrar estrategias de intervención ajustadas a las necesidades y posibilidades de nuestros pueblos.

La biografía del capitalismo evidencia que la apropiación del capital cultural, tanto por las clases como por las naciones subalternas, tiene lugar de manera inequitativa. Hoy la dimensión cultural de la mundialización neoliberal responde a la racionalidad económica de maximizar la ganancia por el camino de minimizar la resistencia. Los grandes intereses defendidos por las potencias mundiales no sólo apuntan hacia la uniformidad de los aspectos económicos, sociales y políticos. El camino hacia la pretendida anulación de toda organización social que le resulte disfuncional - como los estados nacionales - pasa por la homogeneización de los criterios y concepciones culturales y de los sistemas de valores. Aquí radica la razón de ser de la "libre" imposición del pensamiento único.

La diversidad de patrones culturales, de objetos y hábitos de consumo, es factor de perturbación inaceptable para las necesidades de expansión continua de la economía capitalista. Al ser absorbidas en un sistema unificado, todas las formas de producción son reunidas y en gran medida homogeneizadas las distintas modalidades de producción cultural. Pero esa homogeneización no tiene lugar como una relación de reciprocidad igualitaria. La transnacionalización de la cultura, supone un intercambio desigual de los bienes materiales y simbólicos. Los mercados nacionales son convertidos en satélites de las metrópolis, según la lógica mundializadora neoliberal, y las culturas nacionales son sometidas a un reordenamiento contrario a su desarrollo autónomo, que estandariza el gusto y reemplaza las ofertas locales por bienes industriales, cambia el lenguaje y los hábitos distintivos por los que impone el sistema centralizado, y sustituye creencias y representaciones por la iconografía de los medios masivos²². Las aspiraciones populares, parte esencial de la identidad cultural, son distanciadas de la acción social liberadora y enclaustrada en las vidrieras y las pantallas de televisión.

²⁰ Idem.

²¹ G. Summer Jr., R. Erenfeld, D. Foster, S. Sanders y L. A. Tambs, Santa Fe IV. *El futuro de las Américas: temas para el futuro milenio*. www.uc.org.uy.

²² Néstor García Canelini, *Las culturas populares en el capitalismo*, Casa de las Américas, La Habana, 1982, pp. 29-30 y 70.

En el contexto de una guerra cultural que ha sobrevivido a la Guerra Fría - si es que efectivamente ésta concluyó - la cultura conforma una dimensión inaplazable en los diseños de las estrategias de seguridad nacional de los países periféricos. Las nuevas estrategias contrahegemónicas partirían necesariamente de la tradición de resistencia de nuestros pueblos.

Desde el siglo XIX nos llegan voces como la de José Martí, testigo excepcional de la aparición del imperialismo en América, gestor de estrategias tempranas y protagonista de las primeras batallas. En la reflexión martiana, la comunicación intercultural es ala y raíz de su concepto de identidad latinoamericana, al tiempo que su temprana vocación de autoctonía condiciona la valoración del "otro".

Martí nos aporta al menos tres de los fundamentos estratégicos necesarios para la batalla cultural contemporánea, vista desde nuestro lado:

Primero: la asimilación crítica de las culturas externas;

Segundo: la internacionalización de nuestros valores culturales como acción de defensa en el camino de la independencia; y

Tercero: la búsqueda, en la cultura como en economía y en política, de una integración contrahegemónica y liberadora.

El pensador que en 1891 propone: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo", y a renglón seguido precisa "pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas"²³, es el mismo que dos años antes publicó para los niños de nuestra América la revista *La Edad de Oro*, con la cual quiso contribuir a llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo. El abono se puede traer de otras partes; pero el cultivo se ha de hacer conforme al suelo. A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo y hombres de América²⁴.

Esa es la voluntad de un hombre que hoy se resistiría a dejarse extirpar la memoria histórica, con la misma intensidad que defendía las esperanzas. Fue él quien confesó vivir de memorias y esperanzas. Nosotros que sabemos que, de ellas, depende el porvenir.

Estas líneas resultan insuficientes para abarcar toda la riqueza del legado martiano a la luz de las grandes necesidades del mundo de comienzos del siglo XXI, y en especial de los pueblos que integran la gran familia de "los pobres de la tierra". Dos ejemplos ilustran cuanto faltaría por abordar: uno, la propuesta martiana de incorporar a los pueblos, y no sólo a los gobiernos, en la política exterior de los "pueblos menores", tanto entre ellos, como en su relación con los "pueblos mayores"; otro, su visión en torno a la solución de fenómenos como el terrorismo.

Lejos de intentar sistematizar, estas páginas han pretendido ilustrar una dimensión no menos aportadora de la obra martiana, que subraya su universalidad. Sirvan al menos para proponer como hipótesis la renovada utilidad del pensamiento martiano, de cara a los desafíos del siglo XXI.

²³ J. Martí, *O.C.*, t. 6, p. 18.

²⁴ J. Martí, *O.C.*, t. 20, p. 147.

Por otra parte, parece evidente la necesidad de un redimensionamiento de los estudios martianos. Las indagaciones y contextualizaciones tradicionales han sido imprescindibles para la cultura cubana y latinoamericana, durante más de cien años de recepción martiana. Luego se necesitó oxigenar estos estudios con lo más novedoso de las ciencias sociales contemporáneas.

Hoy, ante las nuevas exigencias históricas - ésta es una segunda hipótesis de trabajo - los científicos sociales estamos en la obligación ética, política y profesional, de enriquecer las indagaciones sobre el mundo actual y el deseable con savias como la que brota del legado martiano.

Intentar hacerlo no será sencillo, pero significará estar a la altura de nuestro tiempo.